

EL ESTUDANTE



Núm. 6

PRECIO 25 CT



SUMARIO:

¿Sera verdad?.....	<i>Américo Castro.</i>
Juventud y Liberalismo.....	<i>G. Marañón.</i>
Memorias de la Universidad de Valladolid.....	<i>José A.º G. Sautelices.</i>
Rutas Una ciudad castellana.....	<i>Teófilo Ortega.</i>
Comentarios y recuerdos.....	<i>Francisco Ruipérez.</i>
Nuestro momento.....	<i>Francisco Marín Gómez.</i>
A. M. D. G. La «Libertad de enseñanza».....	
Mujer (Verso).....	<i>Esteban Salazar.</i>

LIBROS: «De Fuerteventura a Paris» Sonetos de D. Miguel de Unamuno.

PARAMO: La dignidad corporativa de nuestros claustros.

GAUDEAMUS!

Portada, dibujos y viñetas de JULIO NUÑEZ

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: 3 PTS. AL TRIMESTRE:
REDACCIÓN: DR. RIESCO, 58, TRIPDº. (JARDIN).—SALAMANCA

EL ESTUDIANTE

semanario de la juventud escolar española.

SALAMANCA.

JUNIO 1925 / NÚM. 6.

¿SERÁ VERDAD?

QUIEREN realmente los estudiantes hacer algo? De eso y de tanta otra cosa había perdido la esperanza. Por lo menos de verlo yo. Doce años de profesorado son demasiada amarga experiencia: viendo desde el primer momento que la Universidad servía sólo para llenar el hueco de lo que habría debido ser; viviendo en serie negativa, de menos Universidad. La acción oficial, nula. El catedrático, inepto en la mayoría de los casos, y cuando es apto para la producción científica (esa es la aptitud universitaria a que aludo), disuelto a menudo por la abulia y la inacción dentro de la Universidad. El estudiante, inconsciente de mejores destinos, entregado al rodar del curso y del aprobado, resignado como un buey a girar por los lóbregos pasillos, a merced del humor profesoral.

¿Cómo seguir así? En un reciente librito («Lengua, enseñanza y literatura»), refiero mi experiencia de diez años de lucha *pro* Universidad. Lo he escrito para justificarme ante mi mismo, para explicarme por qué no pongo los pies en el caserón de la calle de San Bernardo. Doy mi clase fuera de aquel inhóspito local. Yo, que antes arrastraba a juntas y claustros a compañeros reacios, ya no intervengo en asambleas de esa índole, sino cuando temo que puedan afectarme personalmente sus acuerdos. ¿Anarquismo?: me da igual. Sostengo, en efecto, que no debe uno sentirse obligado por leyes ni reglamentos, cuando estos son irracionales. Diez años de lucha sin tregua, de forcejeo con paralíticos y escépticos, dan derecho a retirarse, a intentar emplear el tiempo en otras empresas menos absurdas. No tiene uno en su vida muchos diez años de qué disponer. Si la Universidad quiere seguir siendo un coto aparte dentro de Europa, con asignaturas, sin bibliotecas, con un plan de estudios, por lo menos en mi Facultad, que es la irrisión de cuantos extranjeros lo conocen, sin solvencia científica, —que lo sea. Convenzámonos de que así lo han dispuesto los dioses y no gastemos un minuto más en luchar por lo inasequible.

Pero ahora los estudiantes se mueven. Hablan y quieren pedir. Por mucho que sea nuestro deseo de no meternos más en estas andanzas, los momentos trágicos que atraviesa el país—de verdadera agonía para muchos, amado don Miguel—impiden no mandar las cuartillas que se me piden. Claro que irán escritas con agrio humor. No tengo otra tinta.

Vamos a cuentas. ¿Queréis hacer algo, jóvenes amigos? Ante todo hay que hacer una simple operación de cotejo. Tomad una Universidad de tipo medio fuera de España. No hablo de París, Oxford o Berlín. Me contento con las de Lyon, Gotinga o Upsala. Pedid fotografías de los locales. Repasad los planes de estudios, la distribución del tiempo dentro de la Universidad, fijándoos en las Facultades propiamente universitarias—Ciencias, Letras—no sólo en las Escuelas profesionales (Derecho, Medicina, etc.). Ved el número y categoría de los docentes; la clase de las pruebas que acreditan la competencia del estudiante; la organización de las bibliotecas; la imprenta universitaria; los libros que salen de la Universidad, publicados por su personal. Y tomando eso, comparadlo con Salamanca o Madrid. Este cotejo no lo hacen sino poquísimas personas en España. La prueba: el día que pasaron por la Universidad de Madrid los restos de Ganivet, me invitaron a hablar a los estudiantes. Había unos dos mil. Comencé leyéndoles unos trozos de Unamuno y de Dorado Montero, de hace 25 años, en que aquellos hombres excelsos decían que había que barrer la actual Universidad, que es inexistente, y hacer algo completamente distinto. Dorado llega a exclamar: «¡Abajo la Universidad!». Pues bien, esto causó desagradable efecto entre los estudiantes, no creo que por ánimo reaccionario, sino por tremenda ignorancia. Como si alguien que se alimentara de cordilla, estuviese muy satisfecho por ignorar la existencia del solomillo con patatas, y se escandalizara al oír que aquel alimento era para animales y no para hombres. Es decir, que la crítica de las gentes del 98 no ha entrado aún en la conciencia estudiantil, y

no se ha transformado en anhelo preciso, en deseo muy concreto de lo que se quiere.

A mí me subleva, cada vez que voy a la Universidad, que los estudiantes se resignen a permanecer de pie en aquellos pasillos astrosos y no reclamen unas salas decentes donde estar, con asientos cómodos y limpios, con libros y revistas como en el Ateneo, por ejemplo. Los extranjeros se asombran al ver nuestro Ateneo. Está muy bien; en París no hay nada como eso. ¡Cómo lo va a haber! Si la Universidad es el Ateneo, ¿para qué una sociedad que supla su ausencia en cuanto a biblioteca? Pero el Ateneo es un lugar para privilegiados. De los miles de estudiantes que hay en la Universidad de Madrid, ¿cuántos pueden ir a los salones de la calle del Prado? El antro que en la Universidad usurpa el nombre de biblioteca, es un sitio donde no hay libros útiles, y ¡que está cerrado a las horas en que los estudiantes podrían ir a ella! ¿Hay cretinismo igual? Ha sido inútil zarandear a la Universidad durante muchos años. He sido el único que haya dicho una y otra vez que eso no puede ser. A profesores y alumnos—y por de contado a los bibliotecarios—les parece tal organización la cosa más natural del mundo. Todos comen cordilla universitaria en este caso.

¿Y laboratorios? Un pundonoroso colega de la Facultad de Ciencias ha tenido que echar unos cuantos piadosos embustes a un profesor extranjero que a todo trance quería visitar su laboratorio: obras, mudanzas, reparaciones... ¿Cómo decir que el laboratorio no funciona nunca?

Y el estudiante se calla, se calla. Carece hoy del sentido de sus derechos y del decoro profesional. Por eso yo no creeré en su posible redención hasta que no lo vea asociado, universitaria, no farisáicamente, y formulando un programa de europeas peticiones, enérgica y claramente sostenido. Otra Universidad, parecida a las del resto del mundo, a las yanquis, o a las alemanas, o a las francesas, a las que sean, pero otra, otra. Si en España no hay número de profesores realmente universitarios, que se supriman Universidades, que nos echen a la calle a los que no sirvamos o que se vea claramente que servimos. La Universidad es ficción y burocracia. Se habla de proveer la cátedra de griego en Salamanca. ¿Pero dónde está el profesor en España para ir a ocuparla? Ese es el problema: el hombre, la persona concreta que haga, que pueda hacer el trabajo universitario. Oposición, traslado, concurso: mentira, mentira y mentira.

AMÉRICO CASTRO

JUVENTUD Y LIBERALISMO

LAS catastrofes políticas que se abaten sobre los pueblos tienen siempre un aspecto útil, que es el de servir de reactivo de la conciencia nacional, en los distintos grupos de ciudadanos y en las diferentes colectividades que forman el país. Recordemos, para demostrar una vez más este postulado harto vulgar, que en el momento de estallar la guerra europea, la mayoría de los habitantes de la tierra, suponían, por ejemplo, que el pueblo francés, minado por el comunismo y por la frivolidad, sería incapaz de una resistencia sostenida ante el empuje de una nación como Alemania, que se creía dechado de fortaleza y de impetu sereno y consciente; y Francia luchó con heroísmo increíble; y los alemanes defraudaron en gran parte el concepto elevado que de ellos tenían muchos; y así, en los demás: la conducta de Bélgica, la de Servia, la de Turquía, la de los Estados Unidos; la de los generales conocidos que fracasaron y la de los oscuros que se revelaron como caudillos insignes: todo fué una sorpresa continuada de los países y de los hombres, ante el reactivo de la violencia.

En España, tenemos un ejemplo inmortal de esto mismo en la guerra de la Independencia, Pocos meses antes de Mayo de 1808, decía Bourgoig, el embajador francés, que tan prolijamente conocía la

vida española, que nuestro pueblo, al cabo de los siglos de decadencia «era incapaz seguramente de toda reacción enérgica; y hacia en cambio elogios sin cuento de nuestro medio aristocrático y oficial. Unas semanas después, la realidad demostró que erraba por completo: una invasión, realizada sobre el prejuicio de ese estado colectivo, demostró rotundamente la bella... de la familia real (lo cual sólo pudo sorprender, es cierto, a los que no la conocían), la falta de patriotismo de las clases elevadas y de las gentes oficiales, y, por fin, la incomparable energía de aquellos hombres y mujeres, desastrados de los campos españoles y de los barrios pobres de las ciudades.

El actual momento político ha tenido también la indudable ventaja de hacer reaccionar las energías potenciales de grupos ciudadanos que parecían extintos y de demostrar, a su vez, la vacuidad dinámica de otros que parecían llenos de idealismo y de voluntad de acción. Del mismo modo que los terremotos ponen de relieve la firmeza de construcciones que se creían deleznable y la fragilidad de otras fortalezas fachendosas.

Todavía estamos en el desarrollo del episodio (probablemente muy al comienzo aún) para que se saquen consecuencias extensas del mismo; que por

otra parte sería muy difícil explicar ahora con libertad. Pero entre estas reacciones, más o menos imprevistas, del espíritu colectivo español, podemos anotar la inesperada dignidad con que se han acomodado a su caída los políticos del antiguo régimen; la rápida acomodación de las asociaciones proletarias ante el nuevo Gobierno; la exigua dignidad colectiva de ciertas clases sociales que debieran poseerla como virtud primordial, como la magistratura y el profesorado, y en fin, el resurgimiento del espíritu liberal de los estudiantes.

De todos estos síntomas, y de otros que no pueden ser nombrados, el más digno de comentario es ese movimiento liberal que se inicia, por las trazas, con gran brio, en los medios estudiantiles. Venía siendo bochornoso el creciente espíritu conservador de la juventud universitaria. Dejando aparte el aspecto religioso de la cuestión, que nunca debiera mezclarse en estos movimientos (y es preciso insistir mucho sobre ello), es evidente que crear una juventud conservadora constituye un verdadero intento de asesinato del espíritu nacional. La juventud, católica o no, tiene que ser necesariamente avanzada, radical, y si es preciso, revolucionaria, porque el serlo es la actitud normal que corresponde, según las leyes de la naturaleza, a ese periodo de la vida. Del mismo modo que la nutrición tiene su modo de equilibrio peculiar en esta edad, que se va modificando conforme se acerca la plenitud para convertirse en la vejez, de la misma manera la ideología del hombre ha de recorrer un ciclo paralelo, si quiere ser normal.

En toda la juventud predominan espontáneamente las ideas y los sentimientos de intención y de fuerza expansiva y centrífuga, los que impulsan a la acción desordenada; los impulsos centripetos o frenadores, las inhibiciones críticas, son todavía rudimentarias, mientras no se es viejo. Y por ello, el joven, no deformado por una mala educación, es naturalmente avanzado e impulsivo, tan naturalmente como en lo físico es ágil y musculoso, y por ello también en el hombre maduro se inicia una evolución conservadora que tiene las mismas raíces biológicas que el crecimiento del abdomen. Y así, la historia, desde que se tiene noticia de ella hasta nosotros, repite matemáticamente este fenómeno. Y lo que es más extraño, con asombro siempre re-

novado de la humanidad, que se maravilla y en ocasiones se indigna, al ver que este o el otro, innovador durante los años agitados de la juventud, se torna en un académico correcto y sensato al traspasar los cincuenta años; olvidando que el conservador de ahora estará, en efecto, en pugna con sus propias ideas de antaño; pero está, en cambio, de acuerdo consigo mismo, porque nada hay más opuesto a la mocedad que la vejez, desde luego como conceptos abstractos, pero sobre todo como etapas de la vida de un mismo individuo.

Ahora bien, la educación y el ambiente pueden modificar esta evolución del espíritu humano, como pueden modificar la evolución física. Y del mismo modo que unos padres enfermos, o que un ambiente mísero, engendran jóvenes débiles, sin ímpetu nervioso y muscular, verdaderamente seniles, una educación ridícula puede hacer igualmente del alma enérgica de un mozo un alma conservadora, que es como decir senil.

La educación debe actuar, por el contrario, tratando de prolongar el vigor juvenil en las edades maduras. Los hombres que sobresalen del medio, son justamente los que superan la evolución natural, tanto en lo físico como en lo espiritual, y llegan a viejos en plena dinamicidad orgánica y sin haberse obligado a la involución conservadora del espíritu.

Hacer jóvenes conservadores y derechistas equivale, pues, a hacerlos deliberadamente viejos, y este es el pecado (verdaderamente pecado contra natura) que se ha venido haciendo con nuestros escolares y universitarios.

El reactivo político de esta etapa de nuestra historia ha servido, repitámoslo, para hacer revivir la conciencia liberal dormida de nuestros jóvenes. Una asociación izquierdista empieza a organizarse con gran empuje en la Universidad Central, y es de suponer y esperar que ocurra otro tanto en las Universidades de provincias. Para que logren su auge, debemos estar a su lado los que ya no somos jóvenes; fomentar las ideas liberales en los que empiezan, es algo tan noble y tan útil como fomentar su propia juventud, y, además, es prolongar la nuestra.

G. MARAÑÓN

Junio-1925.

En la sección de anuncios de un periódico de Munich, leemos uno espeluznante, de humorismo macabro: ¡Un desventurado padre de familia, sin techo ni hogar, ofrece su nicho en el cementerio a cambio de un piso vacío!

Y sin embargo, este recurso extremo y trágico a nosotros no nos coge de sorpresa. Es una vieja industria, y bien granjeada, esta de traficar con el descanso eterno y con los terrenos y solares del otro mundo a cambio de las casas y las fincas de éste.

* * *

La Universidad de Salamanca invita a sus claustrales a concurrir, «con traje académi-

co,» «a la solemne procesión del Santísimo Corpus Christi»; Y luego dicen los maldicientes que no hay en nuestras Universidades una intensa vida corporativa!

* * *

Nuestros suscritores nos facilitarán notablemente la labor administrativa enviándonos directamente por giro postal, el importe de sus suscripciones.

Los giros al ADMINISTRADOR DE «EL ESTUDIANTE», Veracruz, 1.ª 26 izqda.

Memorias de la Universidad de Valladolid.

Preámbulo.

«Sapientia edificavit sibi domum...» Bajo este lema, ideario de trabajo, de entusiasmo y de ciencia o afirmación de pujanza, laboró un día y otro nuestra Universidad, ostentándole con orgullo, con fe y con sinceridad.

Cuando los viejos claustros universitarios cayeron derrocados, sin respeto para su historia y sus recuerdos, de entre sus enseñanzas, tornaron a resurgir las venerables palabras como un legado del pasado.

Es un poco cruel, o un poco ridículo también, que ese lema se repita ahora con más frecuencia que antaño, pero solamente como un recurso más de palabrería sin realidades positivas, como una fórmula seca y fría, infaltable en todos los discursos académicos, como un adorno pictórico que nos persigue obsesionante por las paredes de los claustros y los salones.

El estudiante sabe lo que resta y falta de esa sabiduría que adorna y engalana «esta Casa». Y antes de traer a estas páginas algunas notas de la verdadera y real historia actual de la vida universitaria, queremos dedicar una memoria piadosa y compasiva a ese propósito que no se lleva a cabo, a ese deber que no se cumple, o esas palabras hoy sin expresión.

Como la más cumplida réplica al viejo lema, van a desfilan por estas páginas (todo en secreto, naturalmente) algunas intimidades, algunas figurillas y figurones, prejuicios y falsedades, prestigios por suposición, notabilidades por nombramientos o acciones curiosas. La estancia en la Universidad nos enseña algo más que una serie, más o menos acertada, y completa de conocimientos.

El estudiante ha cumplido un nuevo año sus deberes académicos, ha cerrado con gesto cansado sus libros y sus apuntes y se apresta a realizar en los meses de verano su premeditado propósito de abandono y olvido.

No queremos nosotros, sin embargo, un olvido absoluto hacia la madre espiritual tan sabia, tan pródiga y tan generosa. Y en estos meses de verano, haremos llegar hasta el estudiante, en la monotonía de la vida provinciana o en la tranquila placidez del pueblecito, estos cuchicheos indiscretos que traerán a su memoria la sombra de algo que un día le atormentó o atemorizó cruelmente y que ahora, de lejos, a la luz de la reflexión se le aparecen como fantasmas ridículos de falsa energía y de endeble personalidad, a los que basta, para derrotarlos, arrancancar el disfraz que encubre su figurilla vulgar.

Junto a todo esto, figura, naturalmente, lo bueno, lo meritorio. Vaya para ello, por adelantado y como oportuna salvedad, nuestro reconocimiento y nuestro respeto. Para nada le afecta, antes bien, le beneficia, este barrido, no insensato y atropellado, sino meditado y juicioso.

Pero ante todo: el curso oficial tiene una pequeña continuación, un complemento en estos pintorescos exámenes libres, donde también hay mucho curioso que recoger.

La semana próxima, les rendiremos cumplidamente nuestro saludo.

JOSÉ A.º G. SANTELICES

Valladolid.

Comentarios y recuerdos.

CUALQUIERA que sea la orientación que pretenda dársele, nadie libre de prejuicios, sin obnubilación espiritual, niega la necesidad de renovar la Universidad española hasta en sus cimientos. Para ventilarla suficientemente hay que abrir de par en par sus ventanales, hartos cerrados para que una tradición anquilosada no se asome fuera y se contamine, la pobre, con las ideas de la calle. Si matrona tan grave, tan docta y tan fuerte es la Tradición, ¿a qué ese temor, señores misoneistas de una y otra acera, de que los aires modernos entren en sus pulmones?

Aun siendo adversarios decididos de la corriente utilitaria, grosera y futbolística—tratar a las ideas y a la cultura a patadas—que está, como un simon, asoiando a la sociedad actual en estos últimos años, nos parece mucho mejor, y preciso si se quiere extraer fecundos y sustanciosos resultados que

la Universidad, más que dama seca, engo'ada, hierática, repulsiva, sentada en viejo sillón frailuno, sea mujer robusta y joven, despierta y limpia, preocupada mentalmente por todas las ideas en lucha, antidogmática, con la mirada llena de luz y curiosidad insaciable hacia el porvenir, vestida sin chocarrearías, pero elegantemente sencilla, fina de espíritu, pero sin empaque de pergaminos.

* * *

Se mueven ahora en España unos cuantos catedráticos jóvenes que aspiran—y ojalá no se trunquen en flor sus laudables propósitos—a remozar la Universidad para que no sea un edificio sin alma o de espíritu ya enmohecido e inservible. Quieren verter hacia fuera las esencias de la cultura. No ser sólo profesores de una ciencia dicha—cuando se dice—friamente en las aulas. Desean formar al estudiante dentro y al hombre fuera.

Si Universidad es todo, debe ocuparse de todo, de política inclusive, en el verdadero sentido que tiene la palabra, de creación y ejercicio noble de la ciudadanía, recogiendo de la calle las ideas difusas y devolverlas dignificadas por la ciencia a la sociedad, para que en un continuo flujo y reflujo aviven y despierten la conciencia pública, el sentido civil de la vida, el excelso espíritu de la justicia.

El estudiante, desde las aulas, debe ser en seguida político, siempre en posición de crítica, pregonando sinceramente sus ideales, sin aborregamientos ni temores.

* * *

Tiene razón Ganivet cuando dice, respecto a la labor universitaria, lo siguiente:

«Las Universidades que aspiran a ser Escuelas de saber no se contentan con enseñar rutinariamente cierto número de asignaturas y dejar luego que los alumnos, los buenos y los malos, vuelvan las espaldas y se retiren con el título enrollado bajo el brazo. En el ejército es, y el soldado que sale con su licencia en el canuto queda obligado a acudir en caso de llamamiento. Una Universidad debe conocer a sus alumnos, escoger a los que valen y dirigirlos, auxiliarlos, para que completen sus estudios universitarios con otros especiales en que la aptitud, la iniciativa, el esfuerzo individual, obren con más desembarazo. Y para que esto ocurra, no es necesario aumentar el número de aulas, ni el de asignaturas, ni el de profesores, sino estrechar más las relaciones entre maestros y discípulos, disponer de fondos y distribuirlos con inteligencia y con justicia».

Es nocivo, en efecto, el apartamiento en que viven profesores y alumnos. Ello desaparecerá cuando el maestro sea, a la par, estudiante, el mejor colaborador en la diaria tarea docente, pero estudiante perpétuo en busca de la verdad, tan huera muchas veces. Entonces el discípulo, espontáneamente disciplinado y atento, verá en el maestro un amigo y un compañero, y no esa cosa tan triste y gélida que era y es todavía—con más excepciones cada vez—el catedrático, que encaramado en la plataforma repite siempre los mismos conceptos o exige liberalmente el texto que a él le sirviera para preparar sus afortunadas oposiciones.

* * *

I I

De nuestros tiempos estudiantiles se destaca el vivo recuerdo de dos hombres vigorosos por la potencialidad de su cerebro y por el influjo decisivo que ejercieron sobre la juventud estudiosa de entonces: Dorado Montero y Unamuno, el maestro muerto que en sus libros vive, y el maestro vivo en la vida y en los libros. Aquel en su cátedra de derecho penal; este en su cátedra, pero para nosotros fuera de ella, en su ciclópea de sembrador de inquietudes espirituales.

La palabra de Dorado, profunda y sincera, de tonos múltiples, elocuentísima a ratos, aunque hacia esfuerzos para que no lo fuera, pues le parecía vanidad no producirse de sencilla manera, su palabra, nos admiraba siempre aunque nos dejara en ocasiones escalofríos de escepticismo. Se contemplaban las ideas desde muchos puntos de vista, con enfoque objetivo; y nos parecían icosaedros que tuvieramos que mirar a través de todas sus caras. ¡Cuántas veces la fé en lo que juzgábamos, la verdad se esfumaba bajo el severo y minucioso análisis que el maestro y nosotros hacíamos!

A pesar de ello, y quizá por ello mismo. Dorado, el maestro insigne, por su conducta como hombre era un guía luminoso, un faro de moderno espíritu, dinamismo mental, comprensión liberal de las cosas, tolerancia, austeridad, serenidad,

fuego interno que le abrasaba en conquista de la verdad científica.

Unamuno, el ilustre maestro ausente, se adentró entonces, y después también, en nosotros, no para que le siguiéramos como a un jefe de una mesnada política cualquiera—el jefe político, impersonal, que lleno de emoción encarna la dirección de un núcleo social ideológico, merece nuestros respetos y es necesario en el libre curso de las democracias—, sino para formarnos una estructura espiritual propia, con el calor en el alma del principio de la universalidad de la convivencia superorgánica que dice: soy hombre y nada de lo que es humano me es ajeno; principio con el que, por cierto, empieza Don Miguel de Unamuno en libro, torturador y genial «El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos», el cual como han dicho los hombres cumbres de la ciencia mundial, consultados por un gran periódico norteamericano en una interesante encuesta, es uno de los diez mejores libros que han salido a la luz en el transcurso de este siglo veinte.

* * *

Salamanca la nueva, mercantilista, ruidosa, flamenquista ha casi ahogado a la Salamanca universitaria; no se perciben, no domina por lo menos ya, como antes, cuando mereciera el título de Atenas la chica, el ambiente universitario que daba carácter a la ciudad. Y por si esto no fuera bastante, tampoco se notan corrientes cívicas que pudieran convidar al optimismo. Entre unos y otros, y pese a los esfuerzos de varios, han acabado con el sentido hondamente viril de la vida, si es que llegó alguna vez a existir con cierta lozanía.

Se ha ruralizado ciertamente, digámoslo de una vez, nuestra querida Salamanca. Antes, el campo, desde fuera, asfixiaba a la ciudad en multitud de contiendas ciudadanas; ahora el campo se ha metido en ella con residencia fija o accidental, y habrán de pasar, acaso, varias generaciones para que la ciudad vuelva a escucharse a sí misma su ritmo.

Además, lo consignaremos, aunque se nos tache de apasionados, Salamanca sin Unamuno—ya lo notó sagazmente el mejor cronista castellano, que es Sánchez Rojas—está en estos días viuda, tristemente viuda para muchos.

Los que de cuando en vez, pasamos en la ciudad unas horas, unos días, echamos de menos la conversación cálida, emotiva, sincera, del maestro. El genio que vibra, la pasión que le subyuga, la robusta fé del hombre que se va creando una fuerte personalidad histórica, y Unamuno es esto: un hito en los caminos de la Historia.

FRANCISCO RUIPÉREZ

Peñaranda de 1925.

Se ha celebrado una vez más la Fiesta de la Flor, fiesta de lujo y de aristocracia. El gran Bigaria, siempre tan certero, dibujó al bacilo de Koch postulando agradecido en una mesa petitoria. Porque esta fiesta de tanta alcurnia es, en realidad, la apoteosis de la terrible tisis, que tiene su mejor agente en esa juventud dorada y en los escombros de miseria sobre los que se levantan sus galas brillantes.

La «libertad de enseñanza»

Un brote más, primaveral, de esta bendita «libertad de enseñanza», tal como la entienden, siempre por la época de los exámenes, los «padres de familia» y los otros PP., los padres sin familia.

Esta vez los ardorosos campeones de la «libertad de enseñanza» son los reverendos Jesuitas de Gijón, los de aquel Colegio de la Inmaculada que Ramón Pérez de Ayala hizo célebre en las letras.

«Libertad de enseñanza» quiere decir libertad, plena libertad para sojuzgar el espíritu infantil y mantenerlo en constante tutela, para cerrarle todos los horizontes y todas las perspectivas de ansias ideales de liberación. Después de abolirse la prisión privada y de implantarse el monopolio de la cárcel por el Estado, quedan aún, al margen de éste, muchos privilegios de prisión de almas y de cautiverio de inteligencias. No otra cosa son, por lo común, los Colegios religiosos de enseñanza. Además de industrializar, como objeto de lucrativo tráfico, el pan sagrado del espíritu, hacen de él terreno de propaganda para sus fines confesionales. Y que no hay mejor vivero que este de la juventud y la adolescencia para trasplantar a las futuras generaciones la simiente del dogma, a cuya sombra viven y medran, lo saben ellos muy bien. Esta vil mercancía y este comercio de almas infantiles (en esas pobres almas el desamparo de la infancia llena toda la vida) es lo que cubren con el vistoso pabellón de la «libertad de enseñanza». Porque siempre gustaron estas huestes de remozar a la vista sus cuerpos carcomidos con los trapos brillantes de la moda.

Mas para que el caudillaje sea completo, hace falta algo más, en estos pícaros tiempos en que el Estado se obstina en poner a toda cultura, para que sea oficialmente válida, las etiquetas de sus títulos. En este punto, como en tantos otros, el Estado no es consecuente. Tolera el esclavizamiento de las inteligencias, pero quiere ser él quien contraste, con su sello de autenticidad, el grado de esclavitud. ¿Por qué no cederles también a las órdenes y comunidades ese derecho? Es lo único que les falta para que su autarquía feudal sea completa. Cuando lo consigan (que por el camino que vamos lo conseguirán), habrá triunfado en toda la línea la apetecida «libertad de enseñanza». El *liberalismo* no siempre es pecado...

Pero desdichadamente, en este régimen de atavismo centralizador, los buenos PP. «liberales»

se tienen que resignar a traer sus rebaños de blancos corderillos al trasquileo de los exámenes en los antipáticos Institutos del Estado. Y, de vez en cuando, ocurre que los señores catedráticos tienen un concepto un poco distinto al de los reverendos PP. sobre el modo de enseñar y el grado necesario de aptitud para pasar adelante en la carrera. ¡Pequeñas desarmonías del Cosmos divino! Esto no pasa muchas veces. Lo frecuente es que el catedrático tenga un juicio muy parecido o exactamente igual (¡benditas casualidades!) al del P. preceptor que pastorea la mesnada, y entonces no tiene más que echar una firma debajo de la lista pródica de calificaciones que el rabadán le presenta.

Pero, a veces, se rompe la celeste armonía y la razón humana del catedrático juzgador, rebelde e insumisa, tiene la satánica soberbia de atreverse a fallar por sí, rechazando el dictado. Y los PP. ponen el grito en el cielo, con descompuesta algarabía y mezclan en el coro las voces desgarradas de los otros padres, los verdaderos, que saben que sus hijos son «sobresalientes», talentos y brillantes, prodigios de saber, porque así se lo dijeron del Colegio todo el año en papeletas mensuales. Y la justicia divina de los PP. no se halla sujeta a error como la humana de los catedráticos, malévolos y desalmados.

Todos los años, por junio y por septiembre, se repite la pintoresca escena, con rasgos épicos más o menos sonados. Y todos los años, a estas alturas, tremolan los frailes, súbitamente acometidos del morbo democrático, su bandera de la «libertad de enseñanza».

Este año les tocó el turno a los PP. Jesuitas de Gijón. Ante la rebelión verdaderamente herética de los examinadores de aquel Instituto, los buenos PP. se han plantado, han retirado a sus corderillos del trasquileo y, uniendo a sus clamores los de los otros padres desgarrados, piden la nulidad de los exámenes, y no sabemos si también la cárcel o la hoguera para los insumisos profesores.

Lo malo es que los profesores se obstinan en sus juicios satánicos y con feroz perversidad se niegan a quebrantar sus calificaciones para dar gusto a los PP. y ganar un puesto en el Cielo a la diestra de San Ignacio. Son terribles reaccionarios que no comprenden la «libertad de enseñanza». Así nos lo confirma una carta que nos escriben estos catedráticos, informándonos de sucesos tan edificantes.

Una comisión de «padres de familia» y de

PP. sin familia ha salido para Madrid a contar de palabra en las «altas esferas» la perversidad de los profesores de Gijón y su grave indisciplina. Y como en las «altas esferas» son más sensibles al «liberalismo» de los PP., es seguro que los rebeldes no se quedarán sin el justo castigo. Además, ya encontrarán los PP. el modo de evitar tales desmanes para lo futuro. La Orden Ignaciana no en balde es una Milicia, y.....

He aquí ahora algunos pasajes de la carta enviada por los catedráticos de Gijón a la Asociación de Catedráticos de Instituto, informándoles de lo sucedido:

«Los días del 2 al 6 eran los señalados para este Colegio. El día 2 transcurrió sin más novedad que algunos rumores en boca de los chicos, de los que no quisimos hacer caso. Ayer, 3, continuaron por la mañana los exámenes señalados. Por la tarde, los tribunales, que se disponían a continuar, se encontraron con la sorpresa de que no se presentaban los alumnos. El Rector del Colegio envió a uno de los tribunales de Letras el recado de que no tenía la menor queja de su proceder (1), pero que acaso se vería el Colegio obligado a tomar una medida de carácter general. En efecto, los llamamientos se hicieron en la forma reglamentaria y sólo algún chico, conducido por su padre, se presentó a examen. Los restantes permanecieron—naturalmente—sin autorización de sus padres respectivos. Parece que arguyen, como causa de la protesta, las calificaciones del tribunal de Geografía, que no merecen el nombre de rigurosas, pues han sido las siguientes: en Geografía general: una matrícula de honor, dos sobresalientes, cinco aprobados y nueve suspensos. En Geografía de España: una matrícula de honor, tres sobresalientes, cinco aprobados y once suspensos.

Por cierto que varios PP., colocados a las puertas de las aulas, trataban de convencer a los oyentes—y lo conseguían en los más de los casos—de que no entrasen, so pretexto de que los

chicos se azaraban. Así, después, se pueden contar las cosas más desorbitantes.

Pero el perjuicio irrogado a alumnos y a familias es mucho mayor, porque como en Aritmética y en Geometría habían hecho ya los chicos un examen práctico, al no continuar presentándose a la segunda parte del examen, los tribunales respectivos se han visto precisados a cerrar las actas *suspendiendo a todos*, excepto a los que habían terminado por la mañana, por cierto con buenas calificaciones.

Hoy, 4, tampoco se han presentado más que algunos sueltos.

Ha habido una reunión de padres de familia convocada en el Colegio por los PP., y como consecuencia, una comisión de señores ha hablado a nuestro Director, pretendiendo nada menos que se anulasen los exámenes y se volviesen a presentar los chicos, pero nosotros no aceptamos tal proposición por ilegal. En vista de ello, esta tarde han marchado a Madrid, suponemos que a entrevistarse con el Directorio, tres PP. Jesuítas. Ayer una comisión nuestra habló en Oviedo con el Rector para informarle y prevenirle. Los compañeros de Oviedo también están informados, y, por supuesto, de acuerdo con nuestra actitud, que no ha podido ser otra».

¿Han visto ustedes la ingeniosa jugada? Hacen que los chicos practiquen un primer ejercicio y los retiran luego en masa, acuartelándolos en el Colegio para que tengan que suspenderlos necesariamente a todos y poder así luego pregonar la reprobación en bloque como perversa medida de excepción contra sus colegiales. De este modo se demuestra palmariamente en las «altas esferas», ya bien preparadas, la necesidad de arrebatar a los Institutos oficiales sus facultades examinadoras, tratándose de los alumnos colegiados de los PP., tan despiadadamente maltratados. Esperemos ahora, con cierto interés y curiosidad, el resultado de esta nueva maniobra, más descarada que hábil.

NUESTRO MOMENTO

CUANDO la gran caravana de estudiantes llega al fin de sus labores académicas, viene a la vida un periódico estudiantil. Sean nuestras primeras palabras de fervorosa y entusiasta adhesión. EL ESTUDIANTE no ha llevado a sus páginas el piropo justo a la belleza femenina ni la prosa frívola de un motivo pasajero; las circunstancias le han impuesto un gesto pensador y precedido por el perfume espiritual del venerado Maestro—admirable símbolo que presidió el comienzo de la obra—ha de pasar su camino con fé y seguridad inquebrantables, con esa fé y esa seguridad que envuelve las palabras del inolvidable don Miguel, que *señala la gloria tras la muerte*, según el lírico saludo del poeta Machado. Pero al contemplar este resurgimiento juve-

nil—la juventud no puede ser nunca el silencio del cenobita, sino la rebeldía honrada del luchador consciente—cabe preguntar: ¿Es este nuestro momento, el momento clásico de toda obra?

El pasado año, al preguntar *Heraldo de Madrid* qué ideario sería el de la juventud en la época actual, mal tracé unas cuartillas preguntando donde estaba el alma, el espíritu, de esa juventud que se esperaba. Nuestros tiempos se caracterizan por la falta de esta espiritualidad y por el imperio de la fuerza; más aún, dentro de la fuerza, el tipo perfecto del atleta. ¿No es este el símbolo de las últimas elecciones alemanas? El tipo atleta es el fruto de este siglo que hizo la guerra y resucita después todas las cosas viejas y caducas que le llevaron a aquella trágica aventura.



Pero no hay ni resolución para llegar a este fin y es un engaño continuo el que nos conduce. Ejemplo: creemos hacer en los campos de deportes educación física y lo que hacemos es buscar el mayor rendimiento, el campeón, lo cual, según la autorizada opinión del teniente Hebert—máxima autoridad deportiva de la Francia actual—hace contraproducente toda labor. Así las cosas, ¿no ha de ser éste el momento oportuno de una campaña que reuna a su energía el romanticismo del propio sacrificio? ¿Labor de días o de años? No nos interesa. Labor nada más.

En la presente hora histórica—apuntaba *Heraldo de Madrid*—cuando parecen volver todas las cosas que se creían muertas en la guerra, to-

do lo esperamos de la juventud. Y he aquí—¡in-descriptible júbilo!—que encontramos el alma de la juventud. EL ESTUDIANTE llega con su cortejo juvenil, y su ideario, que significa principio de camino, no ha de dejarse vencer por viejos prejuicios ni por voces desacompasadas, ruido de plazuela, afortunadamente estéril.

Aún tenemos, como dijo Ganivet—cuyas páginas hemos vuelto a leer con devoción en estos días—dos orgullos: semilla funesta por ser orgullosos, pero intolerable por un tercer orgullo que nos falta: ¡el de la inteligencia!

FRANCISCO MARTÍN Y GÓMEZ

Valladolid.

RUTAS

UNA CIUDAD CASTELLANA

Indecisión.

AL iniciar mi humilde aunque animado curso a la obra de puro idealismo, de recia espiritualidad, encauzada por los fundadores y colaboradores de EL ESTUDIANTE, me ha envuelto en sus complicadas redes una penosa indecisión. ¿Que fruto puedo aportar yo, si huérfano de conocimientos y orientaciones, más abundante caudal de proyectos reuno que de realizaciones?

Aligerado mi espíritu de justificadas preocupaciones; prescindiendo de fundamentales temores y no dejando salir, para que me inunden, gestos titubeantes y dudas absorbentes, tomo la pluma y comienzo a escribir. El lector—insobornable juez—decidirá si mi trabajo es inoportuno, extemporáneo e ineficaz. Yo me escudo en su benevolencia y en mi buena intención.

La ciudad en conjunto.

Escribir sobre Palencia. He aquí mi trayectoria, que es, a la par, mi guía.

Palencia ha conseguido, por el valor indiscutible de los muchos elementos intelectuales que posee, conquistar un alto puesto, bien situado, en la región castellana. (Y no se diga que la observación es afectada; más que producida por la justicia, causada por el apasionamiento). Vida pujante y plena; generaciones alertas que persiguen las modernas variaciones del pensamiento. Un pueblo culto e inteligente que aspira, más que al deleite pasajero, a la instrucción bien cimentada.

Recoger en estas páginas los principales latidos culturales de la ciudad, me parece una la-

bor útil y amena, utilidad y amenidad sólo disminuida y acortada por la deficiente pluma que sobre ellos escribe.

El estudiante puede llegar a saber, por medio de estas esclarecidas y prestigiosas páginas—que han logrado ocupar un sitio honroso en la vanguardia del pensamiento español—cómo se vive y cómo se piensa en la muy noble, digna, hidalga y bella ciudad del Carrión.

Alma y cuerpo

Si en el aspecto material de la ciudad se ven unidas, en fecundo yugo, la tradición y la modernidad, en el espiritual también se entrelazan admirablemente. No carece la ciudad de un alma en la que se han depositado, para servir de camino, que con ligeros cambios andarán las actuales y futuras generaciones, la esencia de un gran carácter tradicional; ni tampoco, para que su presencia y contacto sirva de provechoso alimento espiritual, faltan aquí robustas inteligencias que despiertan y animan—con su manera moderna de ver y juzgar las cosas—a las juveniles voluntades, un poco resguardadas en su inexperiencia.

Todo ello nos invita a escribir, para estas páginas que han de llegar a los lugares donde, con excepción, se fragua un esplendoroso porvenir de España, muchos artículos, sin abandonar la mirada de la realidad circundante. Por ellos conseguirá el lector, probable estudiante hoy, madura y productiva inteligencia mañana, descubrir la vida inquieta, afanosa—bloque de mármol en el que la mano maestra del destino, con destreza ejemplar, labrará más de un gran espíritu—de una ciudad castellana.

TEÓFILO ORTEGA

LOS POETAS

M U J E R

Mi noche se deshace en el alba de vuestra carne.

*El sueño, frente a vos, es un anhelo ténue,
amedrentado, huidizo, que arrebuja el silencio.*

*Siento blandirse inquieta, como un reto, la curva
de vuestro seno heróica, y os percibo ahora mismo
como la viaa, recia, como la vida, blanda.*

*Ahi estais y no sé qué idea, qué sentimiento
podria pedir os que no pudiérais darme.*

*Vuestras son las cosechas. Os pertenece el campo
donde se abre la flor y cuaja el mollar fruto.*

*Frente a vos, el presente se ha vestido de luz
y el pasado, tan lejos, se ha tornado de sombras.*

—Bien lo sabéis sintiéndolo, por instinto, en el alma—.

*Y siendo de tal modo, aunque veamos nimio,
pequeñito este instante de vuestra cercanía*

*—mirado desde el cielo de nuestras vidas luego—,
no lo despreciaremos nunca, nunca, señora.*

ESTEBAN SALAZAR



De Fuerteventura a París.

Sonetos por D. Miguel de Unamuno.

Hoy leemos, vivimos, el nuevo libro de don Miguel de Unamuno: «De Fuerteventura a París, diario íntimo de confinamiento y destierro vertido en sonetos»; otro rosario de sonetos que nos hace pensar en aquel libro lírico que el Maestro español escribió hace ya quince años. Ambos son espejo de las peregrinaciones del poeta: uno, el de 1910—Los sonetos de Bilbao De vuelta a casa. En casa ya. Asturias y León. De nuevo en casa—nos dice de esas andanzas de don Miguel a través de España, en las que le ha ido arrancando a los campos y a los hombres el secreto de sus almas, del alma española, modelando, enriqueciendo con esos descubrimientos su propio corazón, que ha llegado a ser, así, el corazón de nuestra España, de la España que tan duro temple espiritual tuvo algún día y que hoy se encuentra escarnecida y moribunda, de la España que tanto le duele a Unamuno, y a nosotros, en el cogollo del corazón, y que ahora se encuentra en el momento angustioso de incorporarse redimida o de aletargarse, ¡Dios sabe para cuánto tiempo!

El otro libro, el escrito en 1924—Salamanca. Fuerteventura. París—es el libro del destierro heroico, destierro por la lucha para redimir a esa España verdadera, para rescatar la de la otra España oficial y mentirosa. Estos sonetos son latigazos, son gritos, y a las veces lamentos—recordamos lo que del soneto dice W. Hazlitt en las palabras que Un-

muno pone al frente de su «Rosario de sonetos líricos»: It is a sigh uttered from the fulness of the heart, an involuntary aspiration born and dying in the same moment—. Los dos primeros los escribió aquí, en esta su Salamanca, antes de ser deportado; nosotros los escuchamos de sus labios, con toda la fuerza de su pasión, recién nacidos, a comienzos de 1924. Los últimos están fechados en diciembre pasado; todo un año de tensión constante y de trágica lucha humana por no perderla y por contagiarnosla a los demás. «En ellos—nos dice don Miguel—se refleja toda la agonía—agonía quiere decir lucha—de mi alma de español y de cristiano», alma rocosa, que es el alma española, tallada en Gredos, cara a Dios.

Y nos dice cómo no los ha seleccionado, sino que los dá todos porque huye de las *selectas*; por qué no ha dicho en prosa lo que dice en verso; porque «es un medio de dar resistencia y permanencia a un pensamiento».

Pero dejaremos estas consideraciones literarias, por creer con don Miguel que «los sonetos se defenderán a sí mismos y por sí mismos».

Mas no hemos de seguir comentando, pues más expresiva y viva es la palabra del propio poeta; entresaquemos dos sonetos de la primera parte—la de Fuerteventura—que, naturalmente, no diremos mejores, pues tampoco nosotros creemos en las *selectas*:

LVIII

Te has hecho ya, querida mar, costumbre
para mis ojos, pies, pecho y oídos
cansados de esperar, y tus quejidos
añaden a los míos pesadumbre.

Tus olas bajo el sol despiden lumbre,
como mis pensamientos cuando heridos
por la cruel verdad, miran rendidos
del calvario de amor la aspera cumbre.

Amor de patria que ellos con su boca
blasfema están manchando en su estulticia,
no amor de barro, sino amor de roca,

amor que enseña la mortal caricia
de garra de león, amor de loca
pasión de fé encendida en la Justicia.

LX

Es una antorcha al aire esta palmera,
verde llama que busca al sol desnudo
para beberle sangre; en cada nudo
de su tronco cuajó una primavera.

Sin bretes ni eslabones, altanera
y erguida, pisa el yermo seco y rudo,
para la miel del cielo es un embudo
la copa de sus venas, sin madera.

No se retuerce ni se quiebra al suelo;
no hay sombra en su follaje, es luz cuajada
que en ofrenda de amor se alarga al cielo,

la sangre de un volcán que enamorada
del padre Sol se revistió de anhelo
y se ofrece, columna, a su morada.



La dignidad corporativa de nuestros claustrales.

NUNCA será más expresivo el título de esta sección que hoy, presidiendo este necesario comentario.

El pasado Mayo—bello mes ensuciado siempre, con una cruel renovación anual, por la noñez del trabajo preparativo de exámenes—no ha sido completamente vacío: al menos nos ha traído a nosotros, los estudiantes, un alfilerazo capaz de distraernos de nuestra sordida labor final: el incidente de Sbert; si no ha sido capaz, como debía, de hacernos gritar dolorosa y amenazadoramente—con seguridad por miedo a los azotes paternos—, al menos nos ha hecho daño, hemos gritado para nuestros adentros y será un cargo más en la cuenta que todos nosotros llevamos abierta contra los que tienen en sus manos los poderes gubernativo y académico; si este incidente ha acrecentado nuestra animadversión, o la ha despertado en algún estudiante que no la sintiera, hacia esos nuestros superiores oficiales, ya podemos decir que no ha sido infecundo y bendecir al para nosotros mortífero mes.

Todos conocemos el incidente: nuestro compañero Sbert habla con el Gran Pretorio, disiente de la opinión de éste acerca de nuestra semejanza con los soldados en cuanto a la sumisión, y despierta sus iras; con este motivo es encarcelado y luego confinado; esto nos duele pero no nos extraña: una experiencia de varios años nos ha revelado cómo la inteligencia se les escapa y por consiguiente molesta a los profesionales de la fuerza y cómo descargan toda su saña contra ella.

Pero el castigo de Sbert tiene una segunda parte que es la más vergonzosa y la que más nos extraña; aunque nó, no nos extraña tampoco nada: ¿que una mesnada de profesores obedeciendo cualquier instigación del poder decide *unánimemente* inutilizar a nuestro compañero la carrera? ¿Qué de particular tiene? ¿Podíamos acaso esperar otra cosa del gregarismo borregil del profesorado español? ¿No es esto precisamente lo que conviene mejor a su paciente y durmiente naturaleza?

Nosotros hemos visto cómo soportó amputación tan dolorosa y bárbara como la del maestro D. Miguel de Unamuno; como que se quedó muerto en la operación: no ha vuelto a hablar y a pregonar la verdad dentro de nuestra patria, misión tan importante para quien presume de director y educador de inteligencias. Vemos también como respeta el bastón borlado de nuestros Rectores (?), instrumentos ciegos de quien puede quitarles ese carcomido palo—esto, claro está, no lo decimos como vituperio; sabemos cuanto halagará a algún Rector, que se apresurará a presentarlo a sus jefes como nuevo galardón que fortalezca su hoja de servicios—, que han hecho de la Universidad un feudo, siquiera sea honorario e improductivo. ¿Cómo íbamos a esperar ahora del profesorado de la Escuela de Ingenieros un gesto de entereza y de apoyo a nuestro compañero (nuestro y suyo) Sbert, cuyo gran delito consistió en afirmar la independencia tanto de los estudiantes como de los profesores y del director que le había autorizado para que expusiera las preocupaciones de los alumnos al visitador oficial?

Porque—y es de esto de lo que mejor debemos percatarnos—el gesto de Sbert ha sido sencillamente la afirmación de la independencia académica, de la libertad de la cátedra, del fuero de nuestras escuelas, que deben siempre permanecer herméticas no ya ante la coacción, sino ante la más ligera instigación de los poderes y la fuerza; por encima de unos y de otros está la inteligencia, sin cuya inspiración aquellos quedan reducidos a torpe energía brutal, y que debe ser cultivada y defendida en los centros de enseñanza. Esta misión mucho es más perentoria y fundamental que la de producir ciencia, con el gesto frío y pétreo del sabio extrahumano, que no sabe infundir a sus enseñanzas el soplo vital, porque esto solo puede lograrse después de vivir sus conocimientos, y de hacer de su caudal de erudición carne de su alma, siempre palpitante al contacto de la realidad.

GAVDEAMV!

Adios a otro capitán de marina mercante.

¡Vitor, joven capitán de la marina mercante hispano-americanista, que tiene sus astilleros en la Academia de Jurisprudencia! ¡Bien bogaste por las olas mansas de nuestra juventud estudiantil, hasta llegar, brujuleante, a tu fondeadero! Pero ahora el puerto es seguro y bien guarecido, al abrigo del oleaje y la tormenta.

Otra vez vas a surcar las aguas en tu nave de sabio, con cargamento de ciencia para el intercambio y la exportación. La nave va esta vez bien calafateada y el cargamento bien amarchamado por los aduaneros hispano-americanistas de la Academia. Con estas garantías, no irá en la pacotilla nada peligroso que pueda conturbar la dulce retórica del «acercamiento intelectual», de la «política de fraternidad», de las «hijas próceres» y la «madre patria».

Vas a cruzar otra vez el Atlántico hacia el mar del Plata (léase: la mar de plata) y otra vez te vas a acercar a la «muchachada argentina», «en ademán cordial», para brindarle, los dones de tu saber «su perlativo».

¡Adios, amigo! ¡Próspero viaje!

Les hablarás del «solar hispánico», del viejo «solar de la raza» (esas frases tan galanas no pueden faltar en el cargamento de un buen hispano-americanista). Nosotros, que conocemos todos los secretos (esta es, ¡ay!, nuestra gran desdicha, lo que nos incapacita para todo anhelo de admiración) sabremos muy bien a qué «solar» quieres tú referirte. Pero no te preocupes, que no lo decimos. «Navega, velero mío, sin temor...».

Lo que no comprendemos, ilustre capitán, es que tu buque no navegue en conserva con aquel otro, también mercante, con el que hizo tan buena pareja en el bloqueo del memorable homenaje del Nacional. ¡Y qué bien bailaron los dos sobre las aguas, entonces procelosas, combinando sus tiros! Pero el enemigo bloqueado era demasiado potente para no romper el cerco de dos buques mercantes. Y aquella misma tarde los dos barquichuelos tuvieron que ir a tapar sus vías de agua, después de la ardua batalla perdida, a los diques de la Academia.

Ahora la nave del avezado marino universitario está ya en condiciones de hacerse otra vez a la mar y ya el viento hincha el velamen vistoso de la carabela...

Lo malo es que, acaso a su retorno no van a ser tan mansas las aguas del puerto que ahora abandona. Este cacicato estudiantil, tan cuidadosamente

preparado por una labor tenaz de varias años, va a acabarse pronto, muy pronto. Ya se riza la superficie de las aguas, que hasta ahora fueron balsa de aceite, y se levantan los primeros vientos de la tempestad. La juventud universitaria que se incorpora, echará por la borda a los caciques que traficaron con ella como mercancía fletable. Y cuando la nave del ilustre profesor retorne, ya bien pertrechada, al puerto de salida, los estudiantes sabrán señalarle la ruta de los astilleros donde se arrumban los viejos cascos desmantelados de los navíos idos a pique.

Exámenes.

En el pasado número no dimos una explicación del por qué no salió EL ESTUDIANTE la anterior semana. Y muchas gentes amigas se nos quejan. Es natural; las personas de espíritu ya no se resignan tan fácilmente a no leer nuestro periódico un domingo. Otros, en cambio, se frotaban las manos de gusto creyendo que este ESTUDIANTE había sido suspendido y puesto fuera de combate en los exámenes de junio. Estos bien intencionados y piadosos no saben todavía que nuestro ESTUDIANTE no viene precisamente a examinarse, sino a erigirse en tribunal examinador de todos los que estos días veíamos examinar, con tan autoritario empaque, de cosas de que ellos mismos tendrían que ser los primeros suspensos.

Libertad, divino tesoro...

Cuentan los periódicos que uno de estos días se fugó un preso de la cárcel de la Estrada. Ya fuera de los muros de la prisión, y a su libre albedrío, el fugado se decidió por quitarse la vida ahorcándose.

Realmente, la «libertad», de los tiempos que corren es como para sentir la nostalgia de la celda...

Este número ha sido pasado por la censura.

Guía profesional

MEDICOS

DOCTOR CASTAÑO.—Médico dentista. Quintana, 5 y 7.

DOCTOR SANDOVAL.—Médico, Rayos X. Plaza de los Bandos, 1.

DOCTOR J. MONTERO.—Riñones y vías urinarias. Corrales, 10, 2.º

DOCTOR PRIMO GARRIDO.—Catedrático de la Facultad de Medicina. Sánchez Ruano, 22.

DR. JULIO PEREZ MARTIN.—Ginecología. Ramos del Manzano (Cuatro calles).

DR. FLORINDO CONDE.—Médico, San Justo, 10.

DOCTOR PABLO UNAMUNO.—Médico dentista. Perez Pujol, 9.

DR. LUIS INFANTE.—Garganta, nariz y oídos. Doctor Riesco, 58.

DR. ANTONIO TRIAS.—Catedrático de la Facultad. Cirugía. Rúa, 25.

DOCTOR BECERRO BENITO.—Auxiliar de la Facultad. Paseo de Canalejas 7

Doctor ADOLFO NUÑEZ.—Profesor de la Facultad. Cirugía general. Doctor Riesco, 36.

DOCTORES J. y E. SANCHEZ SALCEDO.—Medicina interna. Rayos X. Laboratorio de análisis clínicos. Plaza de la Libertad, 9.

DOCTOR CAÑIZO GARCIA.—Medicina general. Catedrático de la Facultad, consulta de once a una. Avenida de Mirat, 31.

DOCTOR CORTES.—Piel, venéreas y sifilíticas. Consulta de once a una y de cinco a siete. Catedrático de la Facultad. Sol Oriente, 9.

DOCTOR GAITE VELOSO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Plaza San Juan de Sahagún.

DR. DIEZ RODRIGUEZ.—Cirugía. Profesor del Hospital. Meléndez, 36.

DOCTOR GOMEZ DIEZ.—Oculista. Doctor Riesco, 38.

DOCTOR FIRMAT.—Enfermedades de la infancia. Consulta de doce a dos. Plaza Mayor, 35, segundo.

DOCTOR POBLACION.—Ginecología. Catedrático de la Facultad. Azafranal.

DR. PRIETO CARRASCO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Consulta de once a una Jesús, 3.

DOCTOR VICENTE TAPIA.—Auxiliar de la Facultad. Análisis clínicos. Consulta de once a una. Sánchez Ruano, 27.

DR. ANTONIO DOMINGUEZ.—Enfermedades de garganta, nariz y oídos. Doctor Riesco, 38, principal.

DR. FILIBERTO VILLALOBOS.—Rayos X. Plaza de la Libertad.

DR. JOSÉ MÉNDEZ PÉREZ.—Del Hospital de San Juan de Dios. Piel y sifilíticas. Mercado, 54.

DR. SERAFIN GIL.—Médico-dentista. Dr. Riesco, 12 y 14.

MATIAS LUDENA.—Especialista en enfermedades de la boca y prótesis dentaria. Plaza Mayor, 10.

Señores Abogados en el ejercicio de su profesión.

D. JOSE GARCIA REVILLO.—Catedrático de la Facultad. Plaza San Julián, 21.

D. FLORENCIO MARCOS MARTIN.—García Barrado, A.

D. TOMAS MARCOS ESCRIBANO.—Consuelo, 18.

D. RAFAEL CUESTA GONZALEZ.—San Julián, 28.

D. FERNANDO ISCAR PEYRA.—Corral de Villaverde.

D. FRANCISCO RUIPEREZ CRISTOBAL.—Peñaranda.

D. MANUEL REYMUNDO TORNERO.—Doctor Riesco, 44.

D. CARLOS GUTIERREZ CEBALLOS.—Sánchez Barbero, 19.

D. ENRIQUE RODRIGUEZ MATA.—Catedrático de la Universidad. Doctor Riesco, 66.

D. JOSE CIMAS LEAL.—Azafranal. número, 27.

Señores Procuradores

D. BLAS SANTOS FRANCO.—Azafranal, 5.

D. EDUARDO JARRIN GARCIA.—Ronda de Córpus, 43.



